



**BIBLIOTECA VIRTUAL  
MIGUEL DE CERVANTES**

**BIBLIOTECA AFRICANA**

[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

**León Cohen Mesonero**  
*Relatos robados al tiempo*  
[selección de fragmentos]

#### Edición impresa

León Cohen Mesonero, *Relatos robados al tiempo* (2003)

#### En

León Cohen Mesonero (2003) *Relatos robados al tiempo*. Buenos Aires: Libros en Red. (pp. 11-13, 25-27, 37-50, 55-59, 69-81)

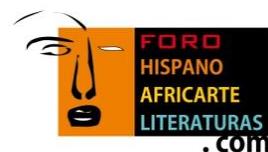
#### Edición digital

León Cohen Mesonero, *Relatos robados al tiempo* (2011)  
Enrique Lomas López (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes  
Abril de 2011



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D  
«Literaturas africanas en español. Mediación  
literaria y hospitalidad poética desde los 90»  
(FFI2010-21439) dirigido por la Dra. Josefina Bueno Alonso



## ***Relatos robados al tiempo***

León Cohen Mesonero

### **CAMISAS MOJADAS**

Younés Ould Beni Makada había nacido en Tánger, seguramente en el barrio del mismo nombre. Junto a él, entre otros cientos, viajaba Driss Ben Mohamed que era de Larache.

Driss había crecido entre arena y olas, en la otra banda, una playa municipal donde río, mar y tierra concertaron sus nupcias estivales mientras Hércules era amamantado justo arriba, en la colina, junto al jardín de las Hespérides.

Ningún hijo de aquel pueblo milenario podrá nunca olvidar —incluso después de haber perdido la memoria— aquellos atardeceres del mes de julio, cuando la brisa que subía desde el Atlántico sellaba una especie de pacto tácito entre sol y mar, trayendo consigo la vida a unas calles desiertas por el implacable sol de mediodía.

Tanto Younés como Driss hubieran preferido no tener nunca que sentir la imperiosa necesidad de buscar otras tierras y otros mares que no fueran los suyos. No entendían cómo ellos, para poder comer y ahorrar algo, tenían que buscar más arriba, al Norte, mientras los pescadores españoles y otros muchachos extranjeros firmaban acuerdos, compromisos y otros chantajes, para poder pescar en su mar, que era rico como ninguno.

Driss sabía también que en la vega del río Lukus crecían las mejores naranjas valencianas. Younés había oído hablar a sus viejos de la enorme riqueza agraria de la llanura del Gharb, bañada por el caudaloso río Sebou.

Hallar explicaciones o hacerse demasiadas preguntas podía llevarles toda la vida, toda la miserable vida y podían morir de hambre en el intento. Entonces decidieron, como se decide dar un salto al vacío, que su respuesta estaba al otro lado de la orilla. España estaba a mil dólares de distancia, en cualquier patera de las que todas las noches brotaban los comerciantes del hambre y de la muerte: eligieron ser «camisas mojadas».

Conocemos el destino de Younés por Tahar Ben Jelloun, el poeta de la Hafita, esa historia bella y terrible es también la historia del Sur. Ese Sur que amanece ahogado en las playas del levante, en Tarifa, Algeciras o Almería. Ese Sur que también se disfraza de albaneses arrojados al mar por el muy demócrata a fuer de democrático gobierno italiano.

La otra tarde noche en un hotel de Fráncfort fui atendido por un camarero que se dirigió a mí en inglés, mientras cenaba pude comprobar cómo aquel joven dominaba por igual los idiomas francés y alemán. Me pregunté si habría muchos europeos con aquel mismo bagaje ejerciendo la misma profesión. ¡Cuestión de oportunidades! Por un instante pude imaginar a aquel chico amable y educado,

soñando con conquistar el Norte desde algún barrio de chabolas como Beni Makada o el Souani, en Tánger o en Tetuán. Luego vi su cadáver flotando en la orilla de una playa sin nombre.

En Larache, los «*Boat People*», como ahora llama Occidente a los inmigrantes ilegales, eran unos muchachos tostados por esa rara combinación de sol y de agua salada, con los músculos labrados por la necesidad, que por unos pocos francos para demasiadas brazadas de remo, llevaban y traían a los bañistas desde una a otra parte de la «otra banda». En la época de la que hablo, la mayoría de los bañistas eran trabajadores españoles que hubieron de recorrer el camino de la miseria en sentido inverso (¿no es acaso de sentido único dicho camino?). A ellos las circunstancias les dirigieron a buscar sustento hacia el Sur. Ahora, los del Sur se han multiplicado tanto que el Norte es su única esperanzada. El poeta de la Hafita nos sugiere que miremos con cariño y humildad al Sur, no vaya a ser que el brillo plateado del dinero del Norte nos deje ciegos para siempre.

(10/03/1992)

## HISTORIAS DE LA GUERRA CIVIL

### EL DITERO

Alberto y su mujer Lea discutían demasiado a menudo y por razones de todo tipo. Su matrimonio se había convertido en un pequeño infierno. Alberto dedicaba demasiado tiempo a las reuniones del partido. Él, como muchos jóvenes españoles, creía llegado el momento de participar activamente en las pequeñas y grandes decisiones que mejoraran su calidad de vida.

Alberto era ditero, un vendedor a plazos de la época, para entendernos. Vendía a domicilio todo tipo de artículos, desde ropa hasta comida. Luego, las pobres gentes, como solía contar, le pagaban poco a poco todo aquello que de otra manera no hubieran podido adquirir nunca. Él era un buen hombre, y daba moratorias en el cobro porque entendía que sus clientes lo merecían. No podía caer en la tremenda contradicción de ser por la mañana un usurero y por la tarde convertirse en socialista. Era un hombre de principios muy arraigados.

Lea y Alberto llevaban poco tiempo casados. Este relato se sitúa en Larache hacia 1936 y según todas las informaciones, se habían casado el 14 de abril de 1931. ¡Qué gran fecha!

El 17 de julio de 1936, por la tarde, Alberto había discutido una vez más con Lea, enfadado se largó de casa y se metió en el Teatro España donde proyectaban una película de Boris Karloff. Al salir del cine que se hallaba a pocos pasos de la Plaza de España, serían más o menos las diez de la noche, de una noche cálida, atlántica, tórrida, Alberto había recorrido un corto trecho en dirección del Zoco Chico, cuando oyó ruidos de sables en plena plaza. Pudo ver cómo la Legión estaba formada, toda la plaza estaba ocupada por militares en posición de firmes al mando de un capitán. Como se supo más tarde, estaba presenciando el estallido del *Movimiento* (según la crónica de un testigo fascista<sup>1</sup>): «*El Movimiento comenzó el 17 de julio memorable. La fecha está señalada para siempre. ¡Que nadie la mueva!*», la guerra civil española acababa de empezar allí mismo, en la plaza de sus amores y aquel capitán se llamaba Moreno Farriols. Los militares colonialistas se habían levantado en armas contra la República. Alberto se despistó como pudo y se fue a casa. Desde ahí, pensó, se pondría en contacto con sus camaradas del partido, pero cómo, se preguntó.

Lea, que era una mujer poco instruida y muy celosa, nunca pudo admitir que Alberto la dejara sola casi todas las tardes para acudir a las reuniones en la sede del partido, y en su fuero interno pensaba que había otra mujer.

La puerta se abrió y Alberto, muy sofocado y como asustado, se dirigió sin mediar palabra a su armario:

—Hay que deshacerse de estos papeles, ayúdame Lea, lo que he visto esta noche en la Plaza de España no me ha gustado ni un pelo. Estos cabrones fascistas van a formar la grande. Tendré que

---

<sup>1</sup> *17 de julio. Crónica de un testigo. La epopeya de África*. Ceuta-Tetuán: Imprenta África, 1938.

esconderme durante algunos días hasta que esto se aclare, no te asustes, procuraré mantenerte informada.

Recogió algunas cosas y tras darle un beso en la frente desapareció. Lea nunca había visto a su marido tan preocupado, se quedó pensativa preguntándose qué estaría ocurriendo. Pasaron días y semanas y Alberto no dio señales de vida.

La cosa se había puesto fea, detenían a los rojos y a los tibios y los mandaban a la cárcel de las Navas. El jefe de los Falangistas era un abogado apellidado Sánchez Ferrero como así lo confirmó más tarde la crónica de un testigo fascista: «*La ciudad se puso en el acto sobre las armas. El coronel Múgica, el capitán Prados, el abogado Sánchez Ferrero y tantos otros espíritus alentadores de la Cruzada, ocuparon al instante sus puestos de mando*»<sup>2</sup>. Algunos de estos espíritus alentadores se distinguirían durante toda la guerra por su crueldad.

Alberto dormía en casa de un amigo cuando dos regulares se lo llevaron a golpe de fusil. En la cárcel fue torturado y vejado hasta lo indescriptible. Pretendían que delatara a sus compañeros de partido. No consiguieron que hablara. Sin embargo, aquí la historia se enmaraña, se convierte en leyenda y son varias las versiones. Cuentan algunos que fueron tantos los golpes y tanto el dolor, que Alberto asintió cuando le enseñaron una de las listas de sus clientes que por descuido había olvidado en su cartera. Dicen otros, que no pudiendo obtener lo que buscaban, los fascistas que habían hallado en la chaqueta de Alberto una de sus listas de dinero, optaron por darla como la lista que buscaban. La mayoría fueron fusilados sin razón ni compasión. Alberto, un hombre joven y fornido, necesitó tres descargas del pelotón de ejecución.

Lea siempre se arrepintió por haberle delatado, nunca imaginó que se derramaría tanta sangre por unos simples e inútiles celos.

*Este relato, donde se confunden adrede ficción e historia, pretende servir como pequeño homenaje a todos los que fueron las víctimas reales de algunos de los personajes también reales que aquí aparecen. Aunque Alberto y Lea son personajes inventados, la historia aquí relatada tuvo desgraciadamente fecha y lugar.*

(03/08/2001)

---

<sup>2</sup> *Ibíd.*

## SI DIGO QUE TE QUIERO

### Relato sin aliento, sin comas y sin fecha

*El caballo se alejaba en el absurdo infinito. La nueva imagen fue de viento un viento alentador cubría nuestros cuerpos desnudos y exhaustos por tanto amor por tanto desatino. El agua el ruido del agua nos acercaba cada vez más nos bañaba nos inundaba como si nuestros cuerpos melosos no pudieran vivir ya sin ella sin su caricia. Los árboles querían acompañar nuestro desaliento querían colaborar en nuestra lucha la lucha de nuestros cuerpos desnudos sudados impregnados el uno de los olores de los sabores del otro confundidos repletos de abrazos de caricias en la angustia que produce querer y no poder dar más agotados reposábamos sobre la piedra de un río que completaba el paisaje de nuestros besos y de nuestro deseo. Al final dormidos dormitábamos anclados el uno al otro recordando el deseo que instantes antes nos mantenía atenazados en plena lucha vital como animales ansiosos de sexo de piel de saliva toda esa suma de instinto de deseo de líquido viscoso convertida ahora en cansancio en agotamiento en sueño en adormilamiento en nada. Después de todo qué importa un beso una caricia perdidos en el deseo de darlos abortados antes de su nacimiento por inhibición represión decoro miedo. Qué pena de caricias no dadas estancadas en el borde de los dedos ahogadas en el latir del pecho en la mirada qué pena de caricias deseadas de noches de amor soñadas de fuegos sin encender de besos entrecortados disueltos en el aire de tanto pudor de tanto qué dirán de tanto miedo qué pena de mieles no probadas de cuerpos que no se encuentran entre tanta mêlée qué pena de miradas enamoradas no consumidas de adulterios delineados de silencios mudos callados para siempre por el mea culpa amor te quiero qué pena de despedidas donde lo que hay que decir se queda en el silencio en la mirada en el roce de unas manos ardiendo y de un cuerpo en torbellino como un volcán despierto qué pena de tanto quiero pero no debería no puedo qué pena de tragarse las palabras de guardarse las caricias y los besos qué pena de silencio por educación por tacto por qué dirán por no hacer daño por pudor por exceso de seso a la mierda si digo que te quiero tendrá que ser con todo con la culpa con mi dolor de vientre con mi sexo cómo podré quererte si empiezo a decir eso no puedo hacerlo se borrarán vocales y consonantes qué quedará de te quiero el rabito de la t si digo mierda te quiero lleno la palabra entera y mojo tu cuerpo estremecido sacudo tu mirada te lleno de besos y luego que vengan todos los peros a la mierda si digo que te quiero.*

## CARTA A UNA AMIGA AMERICANA

Soy una ciudadana musulmana y árabe, por casualidades de la genética. Mi nombre es Mujer. Lo que te voy a contar no es una historia de la Edad Media, sigue ocurriendo todavía hoy, a pesar de que han pasado más de doscientos años de la Revolución Francesa y de hace ya mucho tiempo que se promulgó la Carta de los Derechos del Hombre.

De pequeña me enseñaron que así en la Tierra como en los Cielos, debía servir al hombre, padre, hijo o esposo. A la escuela o *madrassa* donde tuve la suerte de ir, no había ningún niño. Cuando cumplí la mayoría de edad tuve que llevar un velo para que mi rostro no se pudiera adivinar. En más de un país, por ejemplo, he de ir toda tapada y si cometo adulterio, me atraviesan la cabeza de un tiro en la nuca y para que sirva de ejemplo, todo el mundo puede verlo en televisión. Si tengo una profesión, raro es el país donde me permiten ejercerla. Mi padre sigue disponiendo de mi futuro y decide cuándo y con quién me he de casar. Al cumplir los quince años, dependiendo de mi estatus social, me cambia por un burro y una huerta. Una vez casada, es mi marido quien hereda la potestad sobre mi presente y mi futuro. Mas no te impresiones, si has tenido la oportunidad de recorrer cualquier avenida o boulevard de algún país magrebí moderado, habrás podido observar cómo todas las cafeterías están abarrotada de clientes, todos hombres, no te molestes en buscarme, estoy en mi casa. Si soy una campesina, habrás podido verme más de una vez, al borde de la carretera, cargando mi pesado fardo, mientras Él va a lomos del burro.

Algunas noches, cuando estoy sola, me levanto y me acerco al espejo. Delante del espejo observo con detenimiento mi cuerpo desnudo, todavía demasiado joven y bello como para permitirse perderse las caricias llenas de ternura de un hombre que supiera tratarme con el cariño que anhelo y deseo, de un hombre que durante el día me obsequiara con miradas y palabras dulces y atentas. Yo le correspondería en igualdad de condiciones y ambos cultivaríamos una amistad entrañable y duradera. Seríamos compañeros. ¡Qué palabra más hermosa!

Así que de estar tanto tiempo encerrada y después por supuesto de terminar todas mis labores domésticas, me he sentado, me he puesto a hablar conmigo misma y me han surgido algunas preguntas como éstas:

¿Por qué razón he de servir yo a nadie?

¿Por qué razón he de ir tapada?

¿Por qué me matan si me gusta un hombre?

¿Por qué razón no puedo ejercer mi profesión?

¿No soy acaso yo, Mujer, una persona libre desde los pies hasta el último pelo de mi cabeza?

¿Por qué la religión o el dictador de turno o «mi hombre», lesionan de manera tan miserable como inadmisibles mis derechos?

Luego, harta ya de tanta injusticia absurda, me he arreglado y preparado para ir a hablar con el buen Dios, para que me aclarara toda esta serie de cuestiones. Muy decidida y ataviada con mis mejores linajes, me he dirigido a la casa de los musulmanes, pero no me han dejado entrar, y es que tonta de mí, había olvidado que también me está prohibido rezar.

¡Por Dios!

«Latifa Guernati»

(14/10/2001)

## CARTA A JUANITA NARBONI: LA CARTA

Leí tu historia en el año 1976, la contó Ángel Vázquez como todas sabemos. Claro que el *malogrado* de Ángel tardó bastante tiempo en contarnos tu vida perra, porque como comprenderás hija mía, en el año 76 de nuestro pueblo no quedaba más que la apariencia. Mira mi reina, primero voy a presentarme, yo soy Sol aquella hebreíta tan mona que salía con el *ferasmal* de Jacobi. Qué guapo era, con ese pelo negro ondulado y abundante, qué bien puesto, y qué ojos, pero hija mía el tiempo no perdona a nadie, el *mesquin* murió hace cuatro años y lo enterramos cerca de Málaga, en un cementerio judío que está medio escondido. Todavía lo estoy viendo caminar como un rey por el Boulevard Pasteur, con su chaqueta marrón de doble pecho, alto y erguido. Ni Robert Taylor se le acercaba en guapura, qué *gial*. Bueno a ti qué te voy a decir que tú no sepas, si me consta que tuviste alguna aventurilla cuando él paraba en la pensión de Mesody, sí, la que estaba a mitad de la cuesta de la playa. Un pajarito me contó que una noche te metiste en su cama cuando dormía, valiente lagarta estabas hecha. Recuerdo que me dejaba sentada en el Ford y se bajaba cerca de Galeries Lafayette para comprar monedas de oro mejicanas en el banco de Méjico que daba a la calle Velásquez. En esa esquina han puesto ahora una perfumería de productos baratos, creo que es de un *soussi*. Luego por la tarde me llevaba a comer pinchitos *en ca de* Elías (hace poco supe que se apellidaba Benzaquen) y por la noche íbamos al Casino, le encantaba el *bacarrá*. Era el año 47 o 48 y como no podía ser de otra manera, Jacobi como casi todos, era contrabandista y además daba muy bien el tipo. Pero no voy a pasarme toda la carta hablando de mi *gial*.

Mira la razón por la que te escribo es para darte novedades de cómo ha cambiado Tánger desde nuestros tiempos. Nada que ver, reina. Cuando te bajas del barco, lo primero que te viene a la cabeza es *wo, wo*, dónde caí, ¿qué es esto? El puerto y la aduana parecen del siglo pasado, los taxis son peores que los de Nueva York. Nos fuimos andando por la Avenida de España, *qué gueserá es esta* que hasta las palmeras están viejas y estropeadas. El hotel Rif, lo cerraron, con lo que era ese *diamante de hotel*. De los balnearios de la playa, esos que tanto te gustaban, la Pérgola, las Tres Carabelas, se perdieron, aquel día el paseo de la playa estaba cubierto de arena, era invierno y además hacía un levante *preto*, así que hasta la playa, esa joya de playa me pareció fea y desangelada. La Ibense, la heladería, por supuesto estaba cerrada, y casi todos los bares que regentaban los ingleses, te acuerdas que nosotras comentábamos que todos eran maricones, pues bien no queda ni uno, no, ni un maricón no, lo que no queda es ningún bar.

Luego subimos la cuesta de la playa que lleva a la Poste, la cuesta ha cambiado poco, la verdad, llegas arriba *quebrada*, y entonces empiezas a recorrer el Boulevard, ¿qué boulevard es éste? Ya no están ni el Comedia, ni Kent, ni Monoprix, ni la Librairie des Colonnes, sí, están los edificios, no los van a tirar, pero todo cambiado, todos son bazares o cafetines, ni una buena cafetería, ni unos buenos almacenes, nada de nada. Me dirás que hay que comprender que Tánger ya no es

internacional, es verdad, es verdad, pero hija hay un término medio. ¿Y Porte? Estoy viendo de nuevo a *monsieur* Porte acercarse a nuestra mesa para dedicarnos un piropo o una sonrisa, ¡qué salón de té, mi bien! Ahora han puesto uno que parece un desierto, como si hubieran saqueado la cafetería antigua y los ladrones se hubieran dejado algunas cosas olvidadas, porque reina, vaya unos escaparates. Pero lo peor de todo esto, es que ya no quedan tangerinos, un tangerino se nota, yo vi a mucha gente desconocida, pero no vi ningún tangerino. ¿Qué habría pasado con ellos, se perderían, se esfumarían o peor aún estarían escondidos por miedo a enfrentarse con esa realidad que ya no era la suya? Juanita, en ocasiones he comentado con otros tangerinos las razones ocultas o demasiado evidentes que nos obligaron a todos a dejar nuestro pueblo. ¿Fue acaso una mano oculta la que nos expulsó? ¿No sería más bien un castigo de unos dioses atónitos y desconcertados, cansados hasta la envidia de permitirnos vivir en un paraíso al que contra su voluntad nos habíamos hecho acreedores? ¿O fueron los tiempos históricos, eso que llaman el devenir y que siempre acaba impidiendo la existencia prolongada de situaciones diferentes, impropias de la vulgaridad en que se desenvuelve la mayoría? ¿*Chi lo sa?* El hecho cierto es que nos fuimos empujados por esa posible mezcla de fuerzas misteriosas, abandonamos nuestra torre de Babel, nuestra pequeña Troya, nuestras casas y nuestras avenidas, nuestro Boulevard y nuestro Monte Viejo, nuestras playas incomparables, nuestra «*façon d'être*», ese estilo de vida único e irrepetible. Y nos dispersamos por el mundo, aunque ninguno de nosotros volvió la vista atrás por temor a que nuestro pueblo se convirtiera en montaña de sal como le ocurrió a la mujer de Lot en la mitología judía. Hoy sabemos que la suma de nuestras melancolías ha traspasado los mares y las montañas, y que Tánger desapareció con el último tangerino, que de ella sólo queda una imagen hueca hecha de recuerdos y de nostalgia.

Hoy sabemos también que Tánger fue paradigma durante un periodo relativamente largo, que abarca más de la mitad del siglo XX, del florecimiento de una cultura cosmopolita que iba más allá del simple multilingüismo para adentrarse en facetas más amplias como la heterogeneidad religiosa y social de la que surgió una sociedad donde la regla era la pluralidad, el «*laissez faire y el laissez vivre*». En Tánger casi nadie prejuizaba a nadie ni por su origen social ni menos aún por el religioso o nacional. En este punto los tangerinos fueron más que tolerantes, clarividentes y solidarios. En Tánger se podía pasar sin transición del castellano al francés y viceversa, también era el único lugar en el mundo donde los no judíos hablaban *haketía*, hacía parte de la cultura tangerina. Paradójicamente, esa altura de miras se daba en una sociedad necesariamente cerrada y aislada por un lado por el mar y por otro por la frontera con el resto de Marruecos.

¿Qué me pasó? *No haya mal*, ¿qué estoy diciendo? Se me fue la olla, como dicen ahora, y me puse a decir tonterías como aquella *meloca* que iba *jarduando* por la Calle Italia. Mira Juanita, reina mía, no quiero hacer esta carta interminable, así que si Dios quiere otro día te seguiré contando más cosas de nuestro querido y añorado pueblo, al que como te dije encontré tan cambiado.

*Sol Bensusan (28/03/2002)*

## CARTA A JUANITA NARBONI: JACOBI

Juanita Narboni se metió en la cama de nuestro personaje porque allí la llevaba su instinto. Era una presa más del apuesto contrabandista. La verdadera historia no fue demasiado distinta. Ocurrió en Tetuán. Era a comienzos de la década de los años cuarenta, Jacobi era un joven aprendiz de mecánico que por entonces podía tener veintidós o veintitrés años. Paraba en una pensión regentada por una judía cuya hija se había prendado de él. Una noche, en un intento de buscarle las cosquillas, se metió en su cama mientras éste dormía. No es que él la desdeñara, pero según la ley mosaica, de haberlos sorprendido alguien en la cama, ella podía haber exigido responsabilidades. Por esa razón, Jacobi saltó de la cama y abandonó aquella pensión celestinesca. Pocos meses antes, en Larache, cuando trabajaba en la conservera de atún y salazones que pertenecía al Marqués de Carranza, vivió una sorprendente y seguramente apasionada historia de amor con una hermana del potentado. Enterado el marqués, le despidió sin más. Como se puede ver, nuestro contrabandista era desde muy temprana edad, un auténtico seductor.

No se sabe muy bien si fue en el diecisiete o el dieciocho, pero en uno de esos dos años nació Jacobi en Larache. Dejó la escuela a los doce años y empezó a trabajar, suponemos que de recadero, de niño tráeme esto o lo otro, hasta los diecisiete, en que obtuvo el permiso de conducir añadiéndose un año. A partir de ese momento su actividad principal fue la de chofer, en la Almadraba y como taxista durante la Guerra Civil, luego emigró a Tetuán para aprender el oficio de mecánico de coches. Más tarde, antes de los cincuenta, como era de esperar, tuvo sus escarceos con el contrabando precisamente en Tánger, que era como todo el mundo sabe un auténtico paraíso fiscal.

Era la década de los cuarenta, los años del estraperlo, ser contrabandista se llevaba, como se llevaban Humphrey Bogart y Casablanca, los tiempos se prestaban. En esa época lo conoció supuestamente nuestra Juanita Narboni.

Debemos suponer que empezaría en Tánger con el estraperlo de tabaco y relojes. Para pasar la mercancía por la aduana que se hallaba en la frontera, cerca de Arcila (nunca *Asilah*), sólo había que tener el desparpajo y la osadía que a nuestro hombre le sobraban, además y sobre todo de contar con la aquiescencia y colaboración interesada de los carabineros.

Pero Tánger era mucho más que la fuente del tabaco y de otras prendas complementarias como los relojes; en la ciudad abundaban los transitarios y remitentes de las más diversas «*marchandises*», amén de los inefables cambistas y joyeros entre otros destacados comerciantes de la época. Entre éstos, brillaban con luz propia los millonarios Toledano Brothers (para colmo del azar, uno de los hermanos, murió al bajarse del coche y resbalar con una maldita cáscara de plátano).

El camino era simple y lógico y nuestro personaje tuvo la habilidad y osadía necesarias para incorporarse a él: el comerciante recibía la mercancía en sus almacenes desde el puerto franco, luego la distribuía entre sus compradores que eran los encargados de hacerla llegar al interior o fuera de

país. Nuestro amigo Jacobi, con el dinero ganado entre relojes y tabaco, ascendió un escaño más en el confuso entramado comercial tangerino. Compró algunos camiones y se convirtió en un pequeño «importador-exportador» (ese binomio mágico de palabras de la época que hizo ganar tanto dinero a muchos) de té verde, no sabremos nunca si desde el interior del país hacía Tánger o viceversa. Tanto da, lo importante es saber que este próspero negocio y algún otro le permitieron a nuestro joven sefardí darse la gran vida desde el cuarenta y ocho hasta el cincuenta y cuatro. Mujeres, póquer, bacarrá, batidas interminables, tiradas de pichón, monedas de oro mejicanas etc.

Su éxito entre las mujeres era merecido, pues no en balde, sus amigos de correrías le apodaban «el guapo». Pero como suele suceder con todo este tipo de guapos rumbosos, nuestro amigo disfrutó y gastó de lo lindo hasta que se quedó sin blanca. Ya lo decía Charles Dickens: «*Si ganas diez y gastas once, miseria*». Aquella experiencia de millonario y *bon vivant* seguida de un espectacular batacazo económico, imaginamos que sumada a los años y a la responsabilidad de mujer y cuatro hijos, hicieron que nuestro personaje sentara un tanto la cabeza y se convirtiera en un comerciante trabajador y discreto hasta el final de sus días. Aunque nunca abandonó su porte distinguido y apuesto ni su afición por las mujeres y por los juegos de azar, pero de una manera muy diferente.

Galán empedernido, al estilo de Kirk Douglas o de Paco Rabal, delante de una mujer joven y guapa, siempre parecía experimentar un cambio morfológico como el palomo en celo, levantaba la ceja, erguía el pecho y se expresaba con más amabilidad de la corriente, como preguntando ¿Qué, no reconoces en mí a Don Juan? ¡Ay si supieras quien fui yo en otros tiempos! En cuanto a su otra gran afición, siempre siguió jugando más de lo debido a la lotería y las quinielas, como esperando resarcirse de todo lo que gastó en su juventud. Su relación con el Dios de Israel y con la religión judía fue bastante tibia, nuestro amigo era demasiado inteligente y clarividente como para que fuera de otra manera.

Aquel joven contrabandista que caminaba con su traje de doble pecho triunfante por el Boulevard Pasteur y por el Zoco Chico de la envidiada Tánger, que nunca tuvo ninguna historia de cama con Juanita Narboni, ni con la hija de la judía que regentaba la pensión en Tetuán, aquel joven vivió una vida larga, sin enfermedades ni achaques, le faltaban dos meses para cumplir los ochenta —y parecía un hombre de setenta— cuando murió de un ataque al corazón un catorce de Julio —qué gran fecha— del año 1997. Se llamaba Jacob Cohen Levy —casi nada, Jacobi para los amigos— y era mi padre.

Comerciante de mil artículos distintos, jefe de obra u obrero en Maracaibo en el 56, vendedor de coches nuevos y de ocasión hasta su muerte, todo lo que hizo fue trabajar, vivir y sobrevivir que no es poco. Fue por encima de todo un seductor y un tipo carismático que poseía algo especial, algo que va mucho más allá de la formación, de la educación, de las afinidades culturales, intelectuales o políticas, algo inefable, que tiene o debe tener relación con la mirada, el tono de voz, la sonrisa, la caricia, determinado gesto, la presencia, el ser, la esencia, que dijera Sartre en una palabra. Por deseo

de mi madre, está enterrado en el cementerio judío que hay cerca del pueblo de Casas Bermejas, en Málaga. En su tumba, el epitafio que me cupo el honor de escribir, reza así:

*«Vitalista y hombre de acción, generoso con la vida y con los demás, la muerte te sorprendió viviendo. Como tenía que ser. Así, desde hoy y para siempre, tu mujer, tus seis hijos y tus nietos, te rinden tributo de su cariño y respeto más profundos. Descansa en paz, pues más allá del tiempo y del espacio, tu recuerdo imborrable pervivirá en nosotros».*



## RACHID Y EL SEÑOR LEVY<sup>3</sup>

Como cada día el viejo profesor recorría la amplia avenida que separaba su casa de la Facultad. Él no era un profesor cualquiera, tampoco se le podía considerar un emigrante magrebí como había tantos cientos de miles en París. Él era distinto, por algo sus alumnos y sus colegas universitarios le apodaban con cariño y respeto «el viejo profesor».

Aquella mañana, sin saber por qué, los recuerdos le asediaban. Mientras caminaba, en un extraño intento de recobrar su infancia, se detuvo y volvió la vista atrás, como si todo su pasado le siguiera los pasos (todo hombre camina con su pasado a cuestas), como si su memoria fragmentada se extendiera cronológicamente sobre el camino recorrido, entonces recordó...

Rachid no era un chico corriente. Había nacido en Mechra Bel Ksiri, una aldea de la llanura del Gharb, situada a medio camino entre el Norte y el Sur de Marruecos. Cuando nació Rachid, aquél era un pueblecito de colonos franceses en su gran mayoría de origen valenciano (ellos se autodenominaban españoles *naturalisés*). Recalaron allí siguiendo la ruta de la naranja. Sin embargo, aquél no sería el último destino de Rachid, pues muy pronto se trasladaría al Norte, donde su padre se establecería como carnicero. En aquellos tiempos El Ksar el Kebir era la capital comercial del protectorado español. Aquel cambio supuso una promoción social para toda la familia y fue determinante para que ocurrieran años más tarde los sorprendentes hechos que voy a narrar.

Desde muy pequeño, al salir del colegio, Rachid solía deambular por el zoco «chico», aunque los miércoles era cuando más gustaba de entretenerse, aquel día el zoco se llamaba zoco del *arba* o del cuarto día. Ese día venían los fabuladores, sus personajes preferidos. La gente se arremolinaba a su alrededor formando corros en cuyo centro estos charlatanes tan peculiares narraban con incomparable maestría historias de las mil y una noches, mientras un público fiel escuchaba atónito sus fábulas. Dotados de una voz potente y de una memoria prodigiosa, estos encantadores del verbo tenían una indudable capacidad para atraer y mantener la atención de los transeúntes que acababan convirtiéndose en la mayoría de casos, en sus seguidores.

Otro de los juegos favoritos de Rachid (todo se convertía en juego a esa edad) era llevar al horno, sobre una tabla de madera, los seis panes que su madre amasaba cada dos días. Colocaba la tabla sobre su cabeza y salía feliz hacia el horno que se hallaba a doscientos metros de su casa. No sólo disfrutaba durante el trayecto, haciendo equilibrios para demostrar y demostrarse su habilidad, sino también cuando se entretenía con el panadero, ayudándole a introducir el pan en el horno con una rudimentaria pala de madera, y a observar cómo aquél iba cociéndose entre poderosas llamas que le recordaban el purgatorio de los cristianos.

---

<sup>3</sup> La verdadera historia sobre la que se basa este relato mágico ocurrió entre un joven llamado Jacob C. Levy y un señor de nombre Driss. Fue en Larache, durante el primer tercio del siglo XX. Y es que la historia no cambia si se permutan los protagonistas.

En las noches de verano, Rachid solía sentarse a mirar las estrellas. Mientras las contemplaba, se distraía inventando juegos mentales. Le divertía por ejemplo cambiar el lugar y la función de los seres y las cosas. Imaginaba el cielo en lugar del mar o a Dios con forma de mujer, imaginaba a todos los hombres ricos y felices en un paraíso lleno de árboles frutales, de ninfas y de ángeles desnudos, era un poco el mundo al revés. Muchas noches el sueño le sorprendía soñando en un universo feliz. Así pasaron muchas lunas hasta que Rachid se convirtió en un muchacho fuerte y apuesto.

Había completado los estudios primarios, y llegó el día de darle la vuelta a la página y empezar a trabajar. Como solía suceder en estas ocasiones, el padre de Rachid acudió a un buen amigo y éste accedió a darle el que sería su primer empleo. J. Levy, ese era el nombre del comerciante judío en cuyo almacén Rachid empezó como aprendiz de contable. Fueron sólo unos meses que determinarían su porvenir y su actitud vital. El señor Levy era un hombre sabio y cariñoso cuya personalidad marcaría profundamente la de Rachid.

Entre otras muchas cosas, enseñó a Rachid que aunque nos llenara de luces y de sombras que el ignorante desconoce, sólo el conocimiento nos hace más libres. Sólo a través de él se abre el abanico y se multiplican las opciones que nos permiten elegir o no con dignidad. Le enseñó que vivir era como caminar y hacer de cada pisada una piedra, una huella, un símbolo que los demás pudieran seguir. Le enseñó que todos somos peores porque tenemos un yo que se afirma contra el otro. Rachid aprendió, y siguiendo los consejos del maestro, no sólo conquistó París y La Sorbona, sino que hizo de toda su vida un vivo ejemplo de cuanto le enseñó el viejo humanista judío. Ser apodado «el viejo profesor» era todo un título, todo un resumen para una vida dedicada al estudio, la enseñanza y la dedicación a sus semejantes, pensó el doctor Rachid mientras reemprendía el camino de la Facultad. Como dominado por una fuerza invisible no pudo evitar algunos instantes más tarde volverse de nuevo hacia su pasado...

Era invierno, aunque en aquellas latitudes tanto el verano como el invierno eran estaciones suaves, atemperadas por la proximidad del mar. La noche temprana había sorprendido a Rachid terminando el balance mensual. Qué oscuridad, se dijo mientras caminaba con paso veloz hacia su casa; la lluvia no invitaba a otra cosa. Tardaría todavía un buen rato, pues tenía primero que llegar a la Alcazaba y luego adentrarse por el laberinto de sus callejuelas angostas y tortuosas. Tenía un presentimiento aquella noche, incluso en algún momento le invadió una extraña sensación de miedo, ¿estaré nervioso?, se preguntó mientras aceleraba el paso. Al atravesar la puerta que daba entrada a la Alcazaba, se sintió en casa, sin embargo se equivocaba...

De repente tuvo la sensación de que alguien le seguía, y cosa aún más extraordinaria, la calle estaba iluminada a pesar de no ser aquella, noche de luna. Miró a todos lados, pero no había nada ni nadie que explicara esa claridad misteriosa venida de ninguna parte. Se asustó, aunque saberse cerca de casa, le dio alguna tranquilidad. Ni más tarde, ni nunca, alcanzó a adivinar por qué en aquellos minutos de terror, recordó que su madre estaría aún despierta esperando su llegada. Qué va a ser de

ella si no llego esta noche —se preguntó. Por fin llegó, subió las escaleras saltando los escalones de tres en tres. Aquella noche no pudo conciliar el sueño.

Pasaron siete días y siete noches durante los cuales, a su vuelta a casa, Rachid oyó pasos tras él y la enigmática luz iluminó su camino. Guardó el secreto hasta entonces. Todo fue diferente a la noche siguiente. Aquella noche cuando se disponía a abrir la cancela del patio por el que se accedía a su casa, un irrefrenable deseo le hizo volverse. Aquella fue una visión fantasmagórica propia del mundo de los sueños... En la bocacalle, se erguían tres formas humanas de más de dos metros de altura vestidas con túnicas de distinto color. Cada una, aunque sería más apropiado decir cada uno, porque los tres se distinguían por una barba canosa y amplia, portaba un candelabro cuya luz, por la fuerza del destello, no parecía real. A su pesar y como impelido por una atracción indomable, Rachid se dirigió hacia el lugar donde permanecían inmóviles los tres seres que a él se le antojaban como una combinación humano-galáctica. Al llegar a su altura, el joven aprendiz de contable se detuvo como deslumbrado, encantado, atónito, perplejo, asombrado, atolondrado por lo que sus ojos tenían tan cerca.

Fue entonces cuando, como surgidas de las profundidades, Rachid pudo oír estas palabras: «Escucha hombrecito; has sido elegido por el Rabbi Levy. Por eso estamos aquí y así permaneceremos mientras tú seas digno de nosotros. Las palabras que vamos a pronunciar no volverás a oír las nunca más y jamás apareceremos de nuevo ante ti».

El gigante de la túnica roja habló el primero: «Yo digo, como símbolo de la Sabiduría, que no es más sabio aquél que acumula más saberes, sino aquél que atesora más amigos». Se hizo el silencio, y de nuevo se oyó otra voz irreconocible que parecía provenir de la figura del centro: «Yo afirmo, como representante de la Honradez, que sólo el hombre honrado es poseedor de la noche y dueño de su vigilia y de sus sueños». El tercero, que vestía una túnica verde, se pronunció en estos términos: «Yo soy la Humildad, y digo que el humilde no es aquél que oculta sus virtudes en un gesto de soberbia, sino el que aprecia de igual manera a los otros y a sí mismo».

Aquella noche Rachid, como no podía ser de otro modo, tardó bastante en conciliar el sueño. Sin embargo, tanto le apremiaba la curiosidad, que trató por todos los medios de dormirse, con el único objeto de preguntarle al día siguiente al señor Levy el porqué de todo lo sucedido. Así amaneció inevitablemente.

Lo primero que hizo Rachid al llegar a la oficina fue contarle a su jefe y maestro todo lo acontecido durante la última semana, y más precisamente la noche anterior. El señor Levy le escuchó con atención, no pudiendo evitar esbozar una sonrisa que parecía delatar su participación en los hechos. Luego habló:

—Mira Rachid, siempre he considerado que entre las muchas virtudes que enriquecen la vida de un ser humano, la sabiduría, la honradez y la humildad son las que nos confieren mayor altura y dignidad, y son también aquellas que mejor nos protegen de la osadía de la ignorancia, de la tentación de la corrupción y del atrevimiento de la vanidad. Como virtudes primordiales que son, las mandé

acompañarte y protegerte mientras trabajas conmigo. Es mi manera de hacerte el heredero de lo más hermoso que aprendí en la vida, pero además lo hago en honor a tu padre, mi amigo y mi igual en tantos aspectos.

Aquel extraño encuentro, a medio camino entre la realidad y el sueño, y las misteriosas palabras del señor Levy, que tanto tiempo le llevaría comprender, determinarían el comportamiento futuro de nuestro personaje. Nunca más volvió a trabajar con el viejo judío. Poco después emigraría a Francia...

Mientras caminaba, aquella mañana, por fin el viejo profesor se sintió el continuador de la inestimable herencia que le dejó el señor Levy y pudo vislumbrar el alcance de su magisterio. Por fin comprendió el significado de aquellas figuras alegóricas.

Al llegar a la Facultad, se topó como cada día con el conserje, se saludaron e intercambiaron unas palabras. El conserje se despidió con una sonrisa cómplice que parecía revelar la existencia o el conocimiento de un pasado común. ¿Acaso el señor Levy?

## EL ALQUIMISTA

*«Por esto me llamo Hermes Trismegisto,  
porque poseo tres partes de la filosofía  
de todo el mundo»*

De la Tabla de Esmeralda

Le habían encomendado escribir un cuento, qué complicación, pero si él ni siquiera era escritor, apenas un aficionado de pluma corta, concisa y, sólo a veces, elocuente.

Llevaba semanas tratando de lograr un argumento que fuera mínimamente creíble y que diera al menos para quince folios, quince folios a doble espacio, qué barbaridad, él, que nunca rebasó las tres páginas. Siempre fue parco en palabras, le gustaba decir lo imprescindible y necesario para que los demás le entendieran. Los añadidos y los tópicos le parecían florituras inútiles, que en última instancia servían sobre todo para entretener y aburrir a los sufridos interlocutores. Escribiendo le ocurría otro tanto, por eso era un admirador de los poemas de diez a quince versos, nunca más de veinte. También, y por la misma razón, había sido lector empedernido de Ramón Gómez de la Serna, La Bruyère, la Rochefoucauld y de todo aquel buen escritor capaz de resumir y concretar en frases cortas, ideas, opiniones y gustos; siempre que lo hicieran con la brillantez y la originalidad de los tres citados. Las formas, para él eran lo primero. Una banalidad bien escrita, siempre era mejor recibida por él que un pensamiento profundo expresado de manera grotesca o enrevesada. ¡Ah, las formas! ¿Qué era la educación sino la expresión y el mantenimiento de aquéllas?

Aquella noche, no estaba especialmente inspirado, pero se sentía obligado por los amigos, con los que de alguna manera se había comprometido. Y él, ni gustaba, ni podía defraudar a sus amigos. Esa concisión tan característica suya, confundía a sus interlocutores, que la interpretaban como un signo inequívoco de antipatía y de rechazo misántropo. Uno acaba siempre siendo el producto de las buenas o malas versiones que los demás tienen de uno, se decía. Pero ésa era otra historia...

Había intentado varios relatos que se le quedaban cortos o que no acababan de gustarle. Esta vez pretendía escribir un cuento o un relato corto que atrapara al lector desde la primera línea y que le sorprendiera, pero para conseguir ese objetivo, necesitaba inspiración, reflexión y sobre todo tiempo. Tiempo para estructurar un argumento sólido, tiempo para permitir que la inspiración emergiera y tiempo para pensar. Ciertamente se encontraba bloqueado y con muy pocas ganas de escribir, recordó entonces los versos de Blas de Otero: *«Porque escribir es viento fugitivo y publicar columna arrinconada»*.

Cuando se daba una situación como ésta, es decir, cuando se hallaba en un *impasse*, como ahora, su recurso volvía a ser casi siempre el mismo, buscar a su viejo amigo, el alquimista. Doblemente viejo, pensó L., en la amistad y en su avanzada edad. Alquimista, era la manera cariñosa que L. tenía para resaltar y resumir la erudición casi sin límites de aquel hombre que le honraba con su amistad «desde siempre». L. se sintió ingrato, solía tener ese extraño sentimiento de culpa cada vez

que recurría a la amistad para pedirle algo, simplemente por necesidad o interés. Pensó, como siempre, que esta vez era inevitable, que su amigo y maestro le ayudaría, como siempre. Salió de casa precipitadamente y hubo de recorrer varios kilómetros en coche hasta llegar a casa de su amigo, que vivía con su mujer en las afueras de la ciudad. La pareja le recibió con el cariño con que acostumbraba. Había transcurrido bastante tiempo desde que se vieron por última vez. L. puso en antecedentes al viejo erudito y le resumió sus intenciones y sus dificultades en pocas palabras. Su amigo tampoco necesitaba explicaciones más detalladas. No hizo apenas ningún comentario, era su estilo. Primero tenía que reflexionar, sus recursos eran casi infinitos. L. conocía sus maneras y también sabía que debía ser paciente. El hombre le ofreció un café, y los tres departieron largamente.

La compañera de toda la vida de su amigo, era un ser entrañable. Educada (*«las personas amables y educadas se salvan y nos salvan»*), le había comentado en alguna ocasión su amigo), discreta, simpática, amable, buena conversadora y a pesar de todo, de fuerte personalidad, con una gran capacidad de sacrificio y muy trabajadora, era, como decía su marido, una suerte, una de esas raras personas cuyo trato y conocimiento te hacen crecer y te mejoran. Siempre comentaba con convencimiento no exento de humor, que sin ella, él hubiera sido como mucho la mitad de lo que era. Fue una velada agradable, como siempre que se encontraban y fue bien entrada la noche cuando se despidieron.

Su amistad databa de la Universidad, L. era un bisoño profesor colaborador cuando entró a formar parte del equipo de investigadores que dirigía su amigo, ya por entonces maduro catedrático. Por esas extrañas sensaciones que nunca se sabe muy bien por qué unas personas sienten al conocer a otras (*«...porque era él, porque era yo»* decía Montaigne), L. y aquel hombre congeniaron y afinaron en casi todo desde el principio y así fue para siempre. Hasta ahora, en que uno terminaba su madurez y otro había llegado a la ancianidad. Los separaba la edad, todo lo demás los unía. L. recordaba con precisión una de las reflexiones de su amigo sobre el envejecimiento: *«Vivir es envejecer. No podría ser de otra manera. Envejecer es coleccionar recuerdos y momentos compartidos con otros, con esos seres que por pura casualidad nos pertenecieron y a los que pertenecemos. Esos seres que nos habitan y nos visitan por y para siempre. La ventaja de los viejos es que poseen todas las edades. En ellos conviven la niñez, la adolescencia, la juventud, la madurez y la propia vejez. Todos somos realmente lo que ha sido nuestro pasado. El pasado de cada uno es el labrador del presente. Por eso, creo que se puede seguir siendo bello en todos los sentidos (por fuera y por dentro) hasta que empieza la verdadera decrepitud. Llegado ese momento, uno debiera haber aprendido a dejar su hueco para que otro lo ocupe, sin amargura y sin miedo. También, creo que la suerte ha de acompañarnos para alcanzar ese tiempo de despedida»*.

A lo largo de tantos años de amistad y convivencia, ambos amigos habían tenido tiempo de intercambiar ideas, conocimientos, pensamientos y sentimientos. L. observaba en un cajón de su despacho, como una de sus tenencias más apreciadas, las que su amigo denominaba «Reflexiones de un viejo chiflado», y que no eran sino una declaración de principios, que reflejaba una de las múltiples

facetas de la rica personalidad de aquel hombre tan sorprendente. Aquella noche, antes de acostarse, L. volvió a leer aquellas reflexiones que siempre le sugerían algo nuevo:

*«Soy nada más y nada menos que un ciudadano corriente, de clase media, mi mayor virtud es la discreción, así que fijense, apenas existo, soy como una sombra apenas esbozada. No salgo en televisión ni en los periódicos, ni siquiera me conocen la mayoría de mis conciudadanos. Sin embargo, puedo ser profesor universitario, gustarme y practicar la literatura y el ensayo, ser políglota y soñador y sobre todas las cosas puedo y quiero tener opinión, mi opinión, que nadie se moleste. Me gusta decir o escribir lo que pienso cuando la ocasión y el interlocutor se prestan. Cosas como éstas:*

- En nombre de la tradición, la gente permanece anclada en unas formas pasadas que poco o nada ayudan al progreso del hombre.
- El camino de los nacionalismos acaba siempre en Auschwitz.
- La autoestima y el respeto a uno mismo conducen siempre a la estima y al respeto hacia nuestros semejantes.
- Si Dios existe, como si no existe, tenemos la responsabilidad de no permitir que todo esté permitido.
- Ningún hombre, ninguna idea, ninguna institución está por encima de nosotros.

*»Heredero de la cultura sefardita por parte paterna y de la sobriedad castellana por parte materna, hijo, por formación, de la escuela republicana francesa y andaluz por vocación y sentimiento, desprecio la incultura y la mala educación y me aburren la trivialidad y la vulgaridad. Odio la prepotencia y la impunidad con la que un gran número de personajillos mal versados y sin escrúpulos se pasean por la vida. Adoro la poesía y las canciones de autor, me gustan entre otros muchos y por razones distintas Salinas, Machado, Prévert, Benedetti y Baudelaire. Sigo siendo fiel a Camus, a Voltaire y a Dostoievsky. Aborrezco esta sociedad mercantilista y utilitaria donde el dinero y el consumo son los patrones de medida. Me aburre la ineficacia de los políticos que con su verborrea ampulosa e inútil se extienden en palabras huecas desde tribunas de cartón, repitiendo sus tópicos a un auditorio mudo y sobre todo sordo. Como si quedara todavía alguna razón para creer. Admiro la humildad y la naturalidad, aprecio por encima de todo la honradez, la sinceridad, la educación y la tolerancia (en el mejor sentido de la palabra). Todos estos vocablos tienen para mí un significado singular donde no caben las medias tintas (que tampoco me gustan). Los mentirosos, los interesados, los corruptos, es decir, la inmensa mayoría, no me interesan. No soy un moralista, pero considero que debemos esforzarnos en hacer de la vida algo útil para nosotros mismos y para los demás, al menos, el esfuerzo y la lucha me producen satisfacción y me justifican. Con lo aprendido y lo heredado me he construido una ética y una estética, así he podido dibujar mis límites y configurar mis principios, algunos casi (sólo casi) inamovibles que me permiten vivir en paz conmigo mismo. Por ejemplo, un amigo o una amiga no es un trapo que uno se pone un día y otro día deja colgado en el armario, un respeto, eso, pues un respeto, es lo principal y lo secundario con los amigos. No quiero parecer fundamentalista porque no lo*

soy, aunque sí severo conmigo y con los demás. No tengo casi nada claro, únicamente el casi. Aunque, repito, hay cosas que están mal porque sí, como la pena de muerte, las dictaduras duras y las blandas, el coartar la libertad de los demás, la falta de generosidad, el no comprometerse, la falta de respeto o de coherencia.

»Lo que he perdido en espontaneidad, lo he ganado en prudencia. El proverbio árabe dice: “la primera vez que tú me engañes, la culpa es tuya, la segunda vez, la culpa es mía”, y estoy en la tercera, aquélla en la que ya nadie va a engañarme ni nadie va a ser culpable de nada. En el camino se han quedado algunos de mis seres queridos, algunos amores hechos de humo y algunas amistades de papel (mojado). Permanecen los recuerdos y las heridas de la memoria. Ahora soy dueño de mis miserias y conocedor de las ajenas. Ahora camino en paz, sobrevolando un pasado ingenuo y desafiando un futuro sin sorpresas. Por fin, me reconozco como un hombre que lleva en su mochila una pequeña dosis de sabiduría.

»Sé que ninguna verdad es absoluta, creo haber alcanzado el cinismo absoluto de los pensadores griegos. Ya no soy capaz de imaginar a Sísifo feliz. Por principios y por educación he aprendido a arrastrar mi piedra hasta arriba, a sabiendas de que nada ni nadie me esperan. Ni aplausos, ni sollozos, ni solidaridad. Mi soledad y algún que otro cariño incondicional me acompañan (que no es poco). Las aspiraciones de alguien ambicioso, entiéndaseme, con la simple y llana ambición de ser, nada más y nada menos, siempre quedan a medio camino, inacabadas. Extranjero en un mundo hostil, incomprendido, uno se siente solo, incluso mejor solo. Baudelaire manifestaba su desdicha y parecía lanzar una plegaria al Gran Ausente: “Seigneur mon Dieu, laissez-moi faire quelques beaux vers qui me prouvent à moi-même que je ne suis pas le dernier des mortels, que je ne suis pas inférieur à ceux que je méprise” (“Señor, Dios mío, permíteme hacer algunos bellos versos que me demuestren que no soy el último de los mortales, que no soy inferior a aquéllos que desprecio”). Prefiero mi soledad infinita, como Cioran o Musset: “Si le ciel nous laissa comme un monde avorté, le juste opposera le dédain à l’absence et ne répondra que par un froid silence au silence éternel de la divinité” (“Si el cielo nos dejó como un mundo abortado, el justo opondrá su desdén a la ausencia y sólo responderá por un silencio frío al silencio eterno de la divinidad”).

»Ahora por fin, vivo en el “escepticismo global”, pocas cosas me entusiasman (mi nieto, por fin un cariño sin reglas y sin condiciones, aquél que tiene lugar desde la distancia que une una vida nueva con otra en declive), pero ya nada ni nadie me desilusiona. Me hallo en la misma orilla que Voltaire o La Rochefoucauld. Por último, quiero creer que quizás todavía hay una puerta abierta que conduce hacia África, hacia los sin tierra, donde aún debe quedar algún resto de dignidad y de inocencia».

Podría pensarse al leer estas líneas que el desencanto de los años vividos habían labrado en el viejo amigo de L. un cierto pesimismo. Éste fue sin embargo siempre, y seguía siéndolo, un optimista convencido con un acusado sentido del humor. No hay que confundir pesimismo con clarividencia. De su personalidad destacaban un elevado concepto de la amistad, una gran coherencia en sus actos, y

un profundo sentido de la disciplina en su trabajo como docente y como investigador, acompañado de una vocación sin límites. Además, el paso del tiempo había limado las esquinas de un carácter temperamental y de un estilo necesariamente demasiado directo en ocasiones, que a lo largo de su vida le había acarreado algunas enemistades.

Habían transcurrido exactamente tres días, cuando el viejo sabio llamó a nuestro personaje. Éste escuchó con suma atención la sugerencia, la inaudita y a primera vista escandalosa sugerencia de su amigo, que le estaba proponiendo la, en principio, descabellada idea de aplicar sus conocimientos de química a la escritura, según una milenaria receta alquimista que describía un procedimiento infalible para elaborar un cuento, relato, poema o novela. Antes de proseguir, el viejo profesor hizo algunas reflexiones en voz alta que L. siempre recordaría: *«¿Qué son las palabras, si no una secuencia de caracteres dispuesta al azar a la que el hombre en los albores de la historia le dio un sentido? Cada idioma posee su propia secuencia y los mismos caracteres dispuestos de una u otra manera cobran sentido según el idioma de que se trate. Con las palabras, una vez creadas y almacenadas en la memoria ocurre otro tanto. Bastaría con que nosotros fuésemos capaces de separar las palabras de un soporte escrito, un libro por ejemplo, y luego que consiguiésemos reagruparlas en otro orden sobre otro soporte, entonces habríamos conseguido el objetivo de construir un relato inédito. En el fondo las historias existen antes de que el escritor las describa. Las palabras flotando en el aire de nuestra memoria esperan ser derramadas sobre el papel o en la pantalla del ordenador. Todo consiste en dar con la agrupación adecuada. ¿Acaso el escritor conoce de antemano lo que va a salir de su pluma? Mi propuesta es aplicar la destilación como medio para separar las palabras, sí, “destilar” palabras, ese es el fundamento, no puedo explicarte más, en la receta encontrarás todos los detalles. Pero sobre todo, has de poner toda tu capacidad de concentración en el último momento, si fallas te llevarás alguna sorpresa».*

A pesar de que no era la primera vez que acudía a él, esta vez L. llegó a pensar que el gran hombre había perdido la cabeza, sin embargo era tal su prestigio que éste hubo de disimular su perplejidad y dejó que su amigo prosiguiera con el detalle de la receta. Esta vez, L. se despidió de su amigo alquimista entre asombrado y escéptico. En el camino de vuelta a casa trató de poner en orden lo que había oído. A pesar de la rotundidad con que su amigo se había pronunciado, quedaban muchas dudas por despejar. Sin embargo, la inquietud y la curiosidad le hicieron desviarse del camino a casa y dirigirse hacia la Facultad. Aquella misma noche se pondría a trabajar. Siguiendo al pie de la letra las indicaciones de la receta, aquella noche L. dejó todo preparado para empezar el ensayo al día siguiente. Llenó con agua hasta la mitad un matraz de cuello ancho y sumergió en él algunas hojas de una vieja novela que guardaba en un cajón de su mesa de trabajo: *Cada hombre en su noche* era el título y Julien Green el autor. Luego, adaptó un refrigerante al cuello del recipiente que debía servir para condensar las palabras evaporadas. Aquella noche nuestro personaje no pudo dormir. De acuerdo con la receta y con lo manifestado por el profesor, calentando el fondo del matraz hasta ebullición y

condensando los vapores de manera fraccionada, se recogerían en varios vasos de precipitado los cortes de destilados que contendrían, cada uno, las diversas partes constituyentes de un relato o varios relatos dependiendo de varios factores que no estaban bajo control del experimentador. En cualquier caso se trataba de una destilación selectiva de palabras. Pero, cuándo se suponía que lo recogido daba para la extensión deseada, se preguntó L. Recordó entonces las palabras de su amigo: *«Esa es labor del escritor y a él corresponde delimitar y modificar a su antojo aquello que no le gusta. Cuestión de sentido común»*. Y por qué, se preguntó L., no ocurriría que, como en las destilaciones comunes, las palabras más cortas como preposiciones, conjunciones y pronombres saliesen todas sin ton ni son las primeras, por ser las más cortas. *«Pareces haber olvidado que ésta es una receta alquimista y para eso están los metales preciosos que hacen de catalizadores y tienen además otros efectos que no estás en condiciones de comprender. Si has acudido a mí, es porque confías en los poderes de mis conocimientos, por lo tanto debes aceptar que algunas cuestiones que a ti te resultan de difícil entendimiento, tiempo ha que fueron resueltas por los alquimistas, aunque siento no tener autorización para revelarte los secretos de los grandes Maestros»*, le había comentado el viejo erudito.

Sin más información y atendiendo a su lógica, L. supuso que la primera fracción correspondería con seguridad a la mezcla de palabras más volátiles, que al depositarse sobre el primer vaso, formarían la introducción. Esta idea de volatilidad quedaba muy propia aplicada al comienzo de cualquier relato. Si bien es cierto que cualquier escritor que se precie tiene una idea preconcebida del argumento que va a sustentar el relato, ninguno podría responder a la pregunta de cómo va a empezar éste. Es un misterio que corresponde al azar y que sólo un cúmulo de circunstancias favorables puede a veces justificar. En cuanto a las fracciones siguientes, L. pensó que el «escritor-alquimista» debía realizar una labor de ordenación por reducción al absurdo, probando con cada una de aquellas hasta conseguir un todo consistente y coherente. Sin embargo, no quedó muy convencido de su razonamiento. Algo fallaba.

Al día siguiente, que era festivo, L. se puso manos a la obra. Antes de realizar las conexiones eléctricas añadió a la «disolución de papel en agua» unos miligramos de oro y de platino, además de unas gotas de otro producto desconocido que su amigo le había entregado con gran misterio. Luego, conectó la manta eléctrica donde reposaba el recipiente, abrió la llave del agua del refrigerante y esperó a que el contenido del matraz alcanzara su punto de ebullición. El viejo alquimista le había advertido que en las condiciones del ensayo las palabras tardarían bastante tiempo en destilar.

Durante la espera, que duraría varias horas, L. hizo algunos descubrimientos muy interesantes. Se preguntó por qué los alquimistas usaban con gran profusión metales preciosos cuando él, como químico, sabía que éstos se caracterizaban por ser metales nobles, es decir muy poco reactivos o casi inertes. Mientras hacía esta reflexión, halló la respuesta: su poca reactividad era la que hacía de los metales nobles, metales preciosos, pues su inercia para con los reactivos, les permitía pertenecer al medio de reacción sin interferir en la reacción propiamente dicha. Como la mayoría de las reacciones necesitaban de un catalizador y transcurrían sobre la superficie de éste, qué mejor que un

metal noble como el oro o el platino. Ahora, quedaba satisfactoriamente explicada para L. la importancia de tales metales para los antiguos alquimistas.

Sin embargo, no podía entender el uso del calor ni del medio acuoso para, primero, separar las palabras de su soporte y luego reagruparlas según una secuencia lógica. Contra su voluntad, tuvo que hacer un acto de fe en las palabras de su amigo y confiar en las virtudes del «producto secreto» que aquél le había dado. En aquel instante recordó sus palabras: «*Todos llegamos a este mundo con nuestra correspondiente dosis de magia. Esa magia fue la responsable de nuestra amistad. Se trata de no dilapidarla y de adecuar su uso a cada situación*». L. empezaba a comprender.

Como indicaba la receta, recogió varias fracciones de «palabras destiladas» de poco volumen. Aunque había tardado toda la noche, L. quería tener varias posibilidades.

Ahora, llegado el momento clave, sintió algún que otro escalofrío.

¿Y si un exceso de calor convertía a las palabras en vapores y aquellas volatilizadas escapaban por su cuenta hacia cualquier parte? ¿Qué caminos recorrerían y cómo se unirían? ¿Cómo recibirían los posibles receptores esos mensajes distorsionados, sin sentido? Se preguntó L. con cierto temor, luego se dijo que era un riesgo que había que asumir.

La siguiente operación y la última, consistía en verter el contenido de los vasos sobre los folios que nuestro experimentador tenía preparados al efecto sobre la mesa del laboratorio.

«*...si fallas, te llevarás alguna sorpresa*», fueron las últimas palabras del alquimista. Pero hubo un comentario adicional de éste: «*Esparce sobre los folios el producto en forma de polvo y extiéndelo a todo lo largo y ancho de aquéllos con sumo cuidado de repartirlo por igual*».

L. no quería que la prisa del final abortara un experimento en el que tanto empeño había puesto, por eso trató de recordar hasta el más mínimo detalle todo lo acontecido en casa de su amigo. Por fin, esparció cada fracción sobre varias hojas de papel como decía la receta y las dejó secar como si de fotografías se tratase. Tuvo que esperar un par de horas. No tuvo ningún fallo, al menos no habría sorpresas, seguramente desagradables, se dijo con alivio.

Luego, impaciente por conocer los resultados de tan insólita experiencia, leyó una por una cada una de las cuartillas correspondientes a cada una de las fracciones recogidas, en total noventa. No podía salir de su asombro. Ahí, sobre la mesa, tenía seis cuentos entre los que elegir, todos diferentes y contados con estilos distintos.

L. recordó a su amigo con una mezcla de cariño, admiración y agradecimiento. A partir de ahora, él también sería un químico convertido a alquimista.

Le quedaba decidirse. Se dijo que aún tenía tiempo y se marchó a casa, no sin antes guardar como oro en paño los seis cuentos.

Por fin unos días más tarde, después de muchas indecisiones optó por el que a él le pareció más sugerente. Comenzaba así:

«*Le habían encomendado escribir un cuento, qué complicación, pero si él ni siquiera era escritor, apenas un aficionado de pluma corta, concisa y, sólo a veces, elocuente...*».